

D I S C O S

El maestro Pietro Mascagni manifiesta recientemente en una interview que piensa pasar algunos años sin trabajar, pues el mundo no ama en la actualidad la verdadera música. El gran compositor italiano está decepcionado—desde luego que por el momento—y no escribirá nuevas partituras. Sin duda que el celebrado autor de *Cavalleria Rusticana* tiene razón, pues la ópera está, como se dice vulgarmente, de “capa caída”. La opereta, el jazz, los tangos, y las revistas, la tienen en derrota. Sin embargo, no pensemos que este ruidoso éxito de la música ligera sea definitivo. La trivialidad de la opereta (libreto y partitura) no pueden resistir un cuarto de siglo de existencia. La monotonía de sus argumentos: princesas millonarias que se enamoran de un bohemio dotarate; o un aristócrata a quien la miseria lleva a ser sirviente de una alta dama, de quien también se enamora; y sus dos o tres motivos musicales en los cuales es infaltable el vals de un sentimentalismo dulzón, a la postre fastidioso, tendrán que ir cansando al “respetable público”.

La vida, por más que nos empeñemos en que es una pantomima, es cosa seria; y todo lo que no sea expresión formidable y honda de sus luchas, de sus lágrimas, de sus aspiraciones y sus dolores, tiende a desaparecer. El teatro de Shakespeare no envejece, porque sus personajes han sido modelados con efectivo barro de humanidad; las pasiones de sus héroes son rojas como sangre, y la candidez de sus mujeres perfuma como lirios. Las perversidades de Yago, las ingenuidades de Ofelia, los celos de Otelo, las amarguras de Hamlet, vivirán siempre, mientras exista una humanidad como la nuestra, que ama, llora, odia y sonrío.

Querer hacer arte, con el solo objeto de agradar, y hacer pasar un rato de regocijo al comerciante que fastidiado del ruido de su caja registradora, va en la noche al teatro, es rebajar al artista al mismo nivel del confitero, que halaga el gusto con esencias y la vista con colorines. Otro es el fin del verdadero arte, serio y perdurable.

En la pantalla musical de Beethoven, vemos desfilar un mundo ideal de pasiones sublimes, que es el mun-

do que soñó el gran sordo en las torturas de su alma musical. Sus adagios nos hablan de una dicha a la cual podemos aspirar, pero que en el fondo nos reconocemos indignos de ella. No somos lo suficientemente perfectos para entrar en su reino: es el cielo de los cristianos. No há mucho celebraron el centenario de su muerte, con pomposos funerales, y todavía hay seres para quienes es muda su armonía.

Si admitimos lo que alguien ha dicho, que el arte es una caricatura, en el sentido de la exageración que lleva en sí, como complemento que es de la naturaleza, no será el escándalo del jazz, ni las voluptuosidades del charleston, ni las payasadas de un conde Danilo, quien la perfecciona, sino antes por el contrario, quien las desmejora y falsifica. Si estos espectáculos y este género de música tienen sus numerosos adeptos, en los actuales días, no quiere decir esto que sean bellos y que puedan cantar una definitiva victoria—y así lo apunta el maestro Mascagni—sino que el sentimiento atraviesa por un momento de crisis, en que la humanidad se conforma con un género de música que no llega al corazón y que apenas roza la epidermis.

El concepto de Mauclair, de que la música es una religión, ha desaparecido con la algazara del jazz; ritmos primitivos que traen reminiscencias del tambor africano han reemplazado a las elegantes cadencias cortesanas del minuet; un mundo que no quiere oír ni sentir, sino brincar, abandona las viejas salas de concierto por los cabarets; y lo feo y grotesco sustituye a la eterna belleza. ¿Pero tal tendencia podrá perdurar? Indudablemente que nó. Por eso consideramos conveniente el reposo a que se piensa dedicar el maestro Mascagni, pues volverán los días en que tendrá que trabajar de nuevo, fuertemente, con el mismo entusiasmo y fe que puso en sus primeras partituras, ya que el público no tardará mucho en que hostigado por la insulsez y la miel de esas musiquitas, enrumbe otra vez hacia el arte serio, verdadero y perdurable.

Julio César ALVARADO.

Caracas, julio, 1929.—(Para ELITE).